SERMÓN

PREDICADO EN LA CAPILLA DEL SEMINARIO DE LOS SANTOS ÁNGELES EL 2 DE AGOSTO DE 1891, EN HONOR DEL SANTO NIÑO MÁRTIR JULIO RÚSTICO.

Eritis mihi testes in Jerusalem, et usque ad ultimum terræ.
Daréis testimonio de mí en Jerusalén y hasta en los últimos confines de la tierra.
(Act. 1, 8.)

VAN á enterrarse 30 años, amados jóvenes, desde que el inmortal Pontífice Pío IX obsequió á nuestro venerado predecesor, para que en su nombre lo diera á vosotros, el rico tesoro del cuerpo del santo niño mártir Julio Rústico Dulce, encontrado en el cementerio de San Sixto, en las catacumbas de Roma. Juntamente con sus cenizas se halló la redoma de su sangre y una lápida con su nombre, que quedó guardada en el Vaticano. Todo esto está aquí á nuestra vista, y es el más precioso adorno de esta santa casa.

Algunos de los presentes podrán aún recordar conmigo aquel día en que el seminario se vistió de gala para salir al encuentro del glorioso huésped; y sobre todo, el solemne momento en que el amado Pastor se presentó conduciendo el cuerpo del Mártir, que desde Roma había traído con la veneración con que en otro tiempo Moisés llevaba á través del desierto los restos de José, hasta darles sepultura.

Acompañaban en ese día al Metropolitano todos los obispos chilenos, que los primeros quisieron dar el ejemplo

de veneración al Santo; asistía además un clero numeroso y muchos fieles. El cuerpo del Mártir fué solemnemente paseado por los contornos de esta casa á fin de que tomara posesión de ella como protector. Cuatro ancianos sacerdotes conducían las andas y un antiguo profesor la redoma con la sangre. Los niños esparcían flores y los obispos cerraban la marcha triunfal. El silencio de la noche, el ruido del cercano río, el suave movimiento de los árboles por donde desfilaba la procesión sólo era interrumpido, dicen las crónicas del seminario, por el pausado canto del hermoso himno que en la antigüedad cristiana se entonaba en honor de los mártires.

Desde ese momento ha reposado aquí en ese altar el santo Niño mártir. Muchos sacerdotes han ofrecido ya sobre su tumba por la vez primera el santo sacrificio, y varias generaciones de ministros sagrados se han arrodillado ante sus restos, recomendándole la santidad de su sacerdocio al separarse de esta amada casa. Otros se aprontan cual vosotros á seguir en pos de ellos para ir á salvar almas, animándose con sus heroicos ejemplos. ¡Quiera Dios inspiraros, si es posible, todavía mayor devoción hacia el modelo que la Iglesia os ha dado! Así lo deseo yo, amados jóvenes, al venir á postrarme una vez más en la vida ante esos sagrados restos. ¡Ojalá que á su ejemplo podamos dar todos testimonio con nuestras obras de la fe que profesamos, cumpliendo con las órdenes de nuestro Divino Maestro: *Eritis mihi testes!* Para aumentar nuestra devoción ensayemos el considerar:

1.º ¿Quién era este hermoso Niño?

2.º ¿Qué fin se habrá propuesto la divina Providencia al designarle para siempre su sepulcro en medio de vosotros?

Dígnese el cielo dárnoslo á conocer, y ayúdeme en mi deseo la Reina de los mártires. *Ave María.*

I.

¿Quién era este hermoso Niño? No conozco toda su historia, y bien lacónica es la inscripción que decora su sepulcro. Pero me basta saber, diré con San Ambrosio, que fué mártir, para haber hecho de su vida el más cumplido elogio: *Martyrem dixi, prædicavi satis.*

Fué niño, fué cristiano y fué mártir. He aquí un bello poema, gratísimo al cielo y digno de nuestra admiración, pues dió heroico testimonio de Cristo.

Dinos tú, amado Niño, revélanos tú mismo quién fuiste. Habla para edificación de tantos de tu edad que desean imitarte. ¡Ah! ¡guardas silencio, y sin embargo yo puedo repetir el *defunctus adhuc loquitur!* Estás muerto y así hablas con singular elocuencia. Por ti hablan tus cenizas, por ti habla tu sangre, por ti las cadenas que cargaron tu tierno cuerpecito. Tu muerte es sello de preciosa vida, vida de confesor de la fe, vida de testigo de la divinidad de Jesucristo, pues el mártir posee todas las virtudes en grado heroico. «Llevar cadenas por Cristo, decía San Juan Crisóstomo, es una gloria más grande, un honor más ilustre que ser apóstol, doctor y evangelista. Es una dignidad superior á empuñar un cetro real.»

¿Pertenecías á la antigua nobleza romana? ¿Naciste en cuna de oro y habitabas en suntuoso palacio? ¿Contabas entre tus antepasados ilustres patricios? Bien puede haber sido así, y los nombres que te dieron lo permiten conjeturar. Pero sí es fuera de duda el que desde niño recibiste la corona real de cristiano y la altísima dignidad de hijo de Dios por el bautismo. Prueba de ello es el cuidado con que fueron recogidos y guardados tus restos en las catacumbas con los comprobantes del martirio. Y ¿quiénes fueron tus padres? Cual otro Pancracio, tu padre ¿fué también mártir? ¡No era esto raro en aquellos siglos de fe heroica! Quizás creciste invocando la protección del

autor de tus días coronado de gloria en el cielo. Quizás tu madre, al vestirte la *prætexta*, te dió á besar con mano trémula la sangre de tu padre conservada en una esponja, como era costumbre, que en seguida colocaría á tu cuello, inspirándote el amor al martirio desde el primer momento.

¡Tu madre! ¡Tu madre...! ¡Cuánto debió amarte! La vida eterna, lo mismo que la vida temporal, depende ordinariamente de la santidad de la madre. ¡Felices los niños que reciben del cielo la dicha de tener una madre verdaderamente cristiana! El amor maternal es el poder más imperioso que aun queda en este siglo de apostasía. Cuando el hombre no escucha los sollozos de su madre, todo está perdido para él. Las madres santas bien merecen tener hijos mártires, y por esto fueron numerosos en los primeros siglos. Las madres criaban á sus hijos en la abnegación y el vencimiento, mientras que hoy la base de la primera educación es el sensualismo. No hay hombres, no hay santos, no hay mártires, no hay sacerdotes, porque la primera educación, la educación del hogar, está esencialmente viciada por el regalo que afemina á los niños y aniquila el carácter. De un niño sensual y afeminado no pretendáis formar un apóstol ni menos un mártir. Es imposible que se atreva á seguir la bandera de Aquel que dijo: *Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Sin embargo, el cristianismo reposa todo entero en el dogma de la expiación por el sufrimiento. «El Salvador ha obrado poco, dice un eminente orador, pero ha sufrido mucho, y el Evangelio, tan conciso sobre su vida, es prolijo sobre su pasión y su muerte.» Con su sangre ha redimido al mundo, con su muerte le ha dado vida. El discípulo tiene que seguir la misma suerte del maestro. El apóstol nos revela este misterio cuando nos cuenta la suerte final

de los profetas: *Lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt:* y así han suplido lo que aun falta á la pasión de Cristo. Esta ha sido la suerte de los mártires sin distinción de sexo ni edad. Esta suerte cupo también á nuestro santo Niño, que se inmoló por imitar á Cristo: *Eritis mihi testes.*

Pero, prosigamos. ¿Cuál fué tu escuela, amado Julio? ¿Te condujo acaso la Providencia á la del mártir Casiano, y lograste así adelantar en las virtudes heroicas? ¿Le oíste discurrir sobre la divinidad del Verbo y sobre la vanidad de los ídolos? ¿Presenciaste tal vez su glorioso martirio? No hay con qué pagar á Dios la dicha de encontrar en los primeros años un buen maestro ó un colegio cristiano; lo que es decisivo en el porvenir del niño. En los tiempos á que me refiero, lo esencial de la educación consistía en separar á los jóvenes de las ideas paganas tan groseras y tan desconsoladoras. El mundo respiró cuando vió destruídos los ídolos y adorado el Verbo Divino. Mas ¡oh dolor! la educación moderna pone todo su empeño en volver á las ideas paganas y á las costumbres de aquellos desgraciados siglos, separando á los niños más y más de Cristo. Ya no se quiere ver su cruz salvadora en la escuela, ni en el hogar ni en la tumba, y las ideas del espíritu y de la esperanza del cielo se niegan ó se ponen en duda cruel. Con tal educación no extrañemos el que sea difícil encontrar quienes quieran consagrar su vida al apostolado y al sacerdocio, inmolándose por el prójimo. Sólo al pie de la cruz crecen las virtudes heroicas y sólo florecen regadas con sangre.

Y ¿fué Julio consagrado al servicio del altar y alcanzó á presentar al Pontífice el pan y el vino para el sacrificio? Lo ignoramos. ¿Empleabas tu vida cual otro Tarsicio en llevar á los condenados á muerte el pan que da la vida? Bien lo podemos imaginar, pues la caridad del mártir no conoce límites.

Y ¿cómo fué, Niño amado, tu martirio? — ¡Cuánto se aviva en este punto nuestra cristiana curiosidad y cómo desearíamos conocer hasta los más pequeños detalles!

¿Te cargaron de cadenas y te pasearon así atado por las calles de Roma? ¿Fuiste despedazado por las fieras del anfiteatro en presencia de todo un pueblo ebrio de sangre de cristianos? Dinos, si fué grande el temor que se apoderó de tus infantiles miembros cuando sentiste rugir los leones y á las panteras que te amenazaban de muerte.

Y tu madre ¿dónde estaba entonces? ¿Alcanzó á despedirse de ti y á darte el último ósculo? ¿Te arrancaron de sus brazos cuando te defendía del brutal verdugo, ó bien la divisaste oculta entre el pueblo, señalándote el cielo y animándote al combate?

¿Fué tal vez ella misma la que en el silencio de la noche recogió tus restos y los cubrió con rico manto, cual templo en que por la gracia había habitado el mismo Dios? Así lo cuenta la historia repetidas veces. Muerto en la tierra, reinas inmortal en el cielo, y una inmensidad de gozo recompensó tu tormento.

Descansa pues en paz, fiel testigo de la fe y glorioso protector nuestro, y los siglos se sucedan alabando al Señor que te inspiró tan heroico sacrificio y te dió la corona del martirio para ejemplo de la juventud que rodea tu altar.

II.

Veamos ahora qué fines habrá podido proponerse la divina Providencia al determinar que las cenizas del Mártir hayan encontrado aquí su sepulcro para siempre.

Hablando el Padre San Agustín del feliz hallazgo del cuerpo de San Esteban protomártir, decía «que había sido manifestado al mundo cómo tienen costumbre de hacerlo los cuerpos de los santos, *quando placuit Creatori,* cuando agrada al Creador».